

OBRAS
DEL
MISMO AUTOR.

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, tercera edición.
RIPIOS ACADÉMICOS (en prensa.)
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio, segunda edición.
FE DE ERRATAS. Está en preparación el tomo 2º

D. ANTONIO DE VALBUENA

(VENANCIO GONZÁLEZ)

RIPIOS

ARISTOCRÁTICOS

TERCERA EDICION.

COATEPEC.
TIPOGRAFIA DE ANTONIO M. REBOLLEDO.
1889.

9

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

RIPIOS
ARISTOCRÁTICOS

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(VENANCIO GONZÁLEZ)

TERCERA EDICION

COATEPEC.
TIPOGRAFIA DE ANTONIO M. REBOLLEDO.
1889.

PRÓLOGO.

Al frente de las dos primeras ediciones de este libro se leía la siguiente *Advertencia*:

“El título de esta serie de artículos, y la circunstancia de haber salido á la luz en un periódico democrático, han podido hacer creer á muchos que el autor es algún demagogo, enemigo jurado de toda aristocracia. Nada hay sin embargo más ajeno de verdad que esta creencia. Ni el autor de este libro es demócrata, ni por su origen, ni por su educación, ni aun por su mismo temperamento puede ser enemigo de la nobleza. Ni el libro por consiguiente puede tampoco ser una diatriba contra esta clase. Las maliciosas insinuaciones que sobre este punto se ha permitido hacer algún periódico mogigato, no tiene razón ni fundamento, ni merecen ser contestadas. Porque suponer que el autor de estas críticas pudiera envidiar la alcurnia de marqueses como el de Montoliu, el de Pidal ó el de Valde-Iglesias, es tan gran despropósito, que, entre los que saben quién es, no podría menos de provocar la risa.

“El objeto principal del libro bien claro está que es puramente literario, y que si va contra alguna clase, es á no dudar contra la clase de los malos poetas. Mas en este punto, como el autor demuestra con tanta claridad las cosas, y señala con tal precisión los defectos, aun prescindiendo de la gracia y amenidad con que cautiva á los lectores, no hay manera de rebelarse contra sus juicios ni de desconocer lo justo de la crítica. Si además de la intención literaria tuviera el libro cierta intención social, tampoco sería esta la de fustigar á la aristocracia verdadera, sino cuando más á la de imitación ó de nuevo cuño, y á aquella parte de la antigua, que por su defectuosa manera de ser, viene á confundirse con la improvisada.

“Dadas estas explicaciones, no hemos de entretenernos en hacer elogios del libro que presentamos al público, por dos razones principales. Primero porque nuestros elogios parecerían interesados. Y luego porque estos artículos, ya tan celebrados, no han menester nuestros elogios.

“Lo que sentimos de veras es no poder revelar el nombre del autor, que sería la recomendación más eficaz; pero su modestia no nos lo consiente. Modestia por cierto bien inútil, pues entre las personas acostumbradas á conocer estilos, á nadie ha podido ocultarse ni tras de lo prosáico del seudónimo, cuya elección es uno de los mejores chistes de la obra, el castizo prosista, el cáustico é intencionado escritor, que comenzó á darse á conocer procurándose, por la dureza é inflexibilidad de sus juicios de cosas y personas, la enemistad de todo el mundo, quizá para que tuviera más valor el testimonio unánime de los mismos heridos que hoy le proclama el primer crítico, el más ingenioso escritor humorístico y el mejor periodista contemporáneo.

“Pero notamos que, sin decir el nombre del au-

tor, vamos dando las señas, lo cual también nos está prohibido; y para no seguir quebrantando prohibiciones, será lo mejor que hagamos aquí punto.—
LOS EDITORES.”

Aparte de los juicios laudatorios, que el autor cree del todo injustos, cuanto en las precedentes líneas se refiere á la intención y alcance del libro está bien y es muy atinado. Porque efectivamente era gran yerro tener al autor de los *Ripios* por enemigo de la nobleza, y suponerle movido, al escribir, por odios demagógicos. Todo lo contrario. Hijo de una familia noble, y educado en aquellas ideas que hicieron á España grande y poderosa en mejores tiempos, es tradicionalista de raza y tradicionalista de convicción; ardiente y decidido partidario del antiguo sistema de gobierno con todas sus instituciones seculares. Mal podría por consiguiente dedicarse á desprestigiar ninguna de ellas.

Para que se vea cuán lejos ha estado de eso toda su vida, vamos á reproducir algunos párrafos de un artículo que publicó años atrás en la *Ciencia Cristiana* criticando un libro que contra la aristocracia balear había escrito un presbítero muy botarate de Mallorca.

“No, no es posible, decía, borrar de la haz de la tierra las que el señor Taronji llama preocupaciones de raza, ni es siquiera legítimo tratar de borrarlas. El mismo Jesucristo Nuestro Señor, al apostrofar á los escribas y fariseos hipócritas, no les llamó vívoras simplemente, sino *raza de vívoras*... (1)

“La revolución abolió los privilegios de la nobleza, y como la humanidad no puede vivir sin privilegios, fué y creó los del capital. Se emancipó de la apacible sumisión á los nobles, para caer bajo el afrentoso garfio de los usureros. ¡Algo dieran aho-

(1) *Genimina viperarum*. MATTH. XXIII, 33.

ra los labradores de muchísimas comarcas de España por volver á llevar todas las mañanas al palacio del conde, en señal de homenaje, la jarra de agua fresca cogida en la fuente cristalina, en vez de llevar á la panera del opulento comprador de bienes nacionales sendos carros de trigo, que, en junto con los enormes tributos que exige el Erario, absorben por entero el fruto de sus sudores! La revolución abolió los títulos nobiliarios, ó por lo menos los hirió de muerte con la desvinculación, otra grande injusticia, y luego, no hallándose sin ellos, creó otros nuevos títulos á favor de los afortunados: estableció la aristocracia del dinero en sustitución de la aristocracia de las virtudes; apartóse de Dios y adoró al becerro de oro. Y ¡coincidencia cruel y risible! los que más se han burlado de los antiguos pergaminos, han sido luego los más ansiosos buscadores de las cartulinas modernas; y los gobiernos más liberales, han sido los que más han hecho crecer ese barullo de caricaturas de aristócratas.”

Declaradas así las convicciones del autor, no hay que negar que, amén de la intención literaria, tenga el libro también intención social y política: porque cabalmente es propio de quien rinde á una idea sincero culto, no saber nunca prescindir de ella por entero sin dejarla clarearse más ó menos, en todo aquello en que pone la mano. Lo que sí se debe negar, es que la intención social y política del libro vaya contra la verdadera aristocracia, pues no va sino contra la falsificación moderna de esa veneranda institución antigua; contra los plebeyos enriquecidos de repente y sabe Dios cómo, aunque cualquiera lo adivina, que han sentado plaza de condes y marqueses sin más servicios prestados al país que el de esquilmarle.

Contra esas caricaturas de aristócratas, hay algo en estas críticas literarias, y algo también contra

los nobles antiguos que no saben serlo, y que por falta de entendimiento ó por falta de valor han abandonado su puesto y se han pasado al enemigo con armas y bagajes.

Porque es muy triste, mas no por eso deja de ser verdad, que una gran parte de la aristocracia española ha faltado gravemente á los deberes que la imponían su sangre y su historia, aliándose con sus propios enemigos y aceptando con el liberalismo su sentencia de muerte. Por eso se ven desaparecer todos los días títulos antiguos que encierran poemas de gloria, y levantarse en su lugar otros nuevos con la denominación de una finca mal adquirida, de un apellido desconocido ó infamado, ó de una casa construída con lodo de usuras y de estafas. Por eso se ve también á no pocos miembros de la antigua aristocracia, perdida la influencia que les daban su posición y sus riquezas territoriales, las más sanas de todas, en vez de acaudillar fuerzas propias en las contiendas en que se decide sobre los intereses del país, formar en política á las órdenes de algún aventurero salido de las últimas capas sociales. Por eso se ve á tantos descendientes de los héroes de la reconquista reducidos hoy al triste papel de comparsas de un tonto con fortuna. Por eso se ha visto á los descendientes de los que pelearon en las Navas contra el Corán y en Flandes contra la herejía, afrancesándose cuando vinieron los franceses, liberalizándose cuando vinieron los liberales, y siempre dando su voto en las asambleas á las disposiciones legislativas más absurdas y más contrarias á sus propios intereses y á los intereses sagrados de la patria y de la Iglesia.

Que el fallo del público y de los hombres de letras sobre este libro ha sido sumamente favorable, demuéstrole por una parte el hecho de haberse agotado ya dos ediciones, y por otra el gran número de

artículos encomiásticos que le han dedicado los periódicos.

Bien fácil nos sería llenar aquí unas cuantas páginas, entresacando frases laudatorias de diversa índole, desde la humorística de un periódico ilustrado de Madrid, que puso debajo de la caricatura del autor estos versos:

“Hace una prosa escogida;
Su fina sátira abrumba,
Y donde él pone la pluma
Sale un chichón en seguida,”

hasta la sería de un diario de América, afirmando que el libro “está escrito de una manera como no ha escrito nadie en castellano después de Quevedo; porque ni Mesonero Romanos, ni *Fray Gerundio*, ni el malogrado Larra con todo su gran talento, nunca bien elogiado, llegaron á dar á la prosa castellana la forma escultural y preciosa de esta de los *Ripios*, ni á hermanar así en ella la energía y la virilidad con la gracia.”

Pero preferimos reproducir íntegro, por la galanura y amenidad del estilo, y por la autoridad de la firma, el artículo que el eminente crítico, D. Leopoldo Alas, publicó en la *Ilustración Ibérica*. Al fin y al cabo, los lectores serán los que en ello ganen, y el autor de estas líneas quien salga perdiendo, puesto que lo fino de la perla ha de hacer rasaltar lo basto del engarce. Véase:

“PALIQUE.

(*Venancio González*.—RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.)

“D. Venancio González es un político muy respetable que, cuando es ministro, lo hace tan mal como todos los ministros. No tiene otro defecto, que yo sepa; y el señalado es común á todos los españoles, la mayor parte de los cuales ya han tenido cartera y ahora tienen cesantía, y han gobernado mal. Los pocos que faltamos ya mandaremos y lo haremos como los otros. De modo que mi amigo**** al tomar por pseudónimo el nombre y apellido del distinguido constitucional, no se propuso molestarle.

Así, pues, cuando yo hable de *Venancio González*, sépase que me refiero al escritor que se oculta (mientras no hace falta dar la cara), bajo, ó mejor, detrás de esas dos palabras vulgares que separadas dicen bien poco, y que unidas tienen en el turno pacífico de los partidos un representante serio que no ha hecho versos, que yo sepa.

Venancio González, el mío, el crítico, acaba de publicar la segunda edición de los *Ripios Aristocráticos*. Aquí tengo yo un ejemplar que me ha regalado el autor, publicado con mucho lujo, el ejem-

plar, es claro, por Fernando Fe. Los *Ripios Aristocráticos* son muy conocidos, y no necesitan que yo diga su argumento. Se trata de darles una soberbia paliza á todos los poetas aristocráticos. Con esto no quiere decir *Venancio González* que la aristocracia no pueda producir buenos poetas, porque eso sería un disparate, y *Venancio González* no disparata nunca. Lo que hace es *oir crecer*. . . los disparates de los demás.

Hace poco discutían, ó cosa así, *El Siglo Futuro* y mi amigo el joven novelista D. José Ortega Munnilla, qué valía más: si tener genio, ó saber gramática.

La verdad es que todo se necesita.

Es como si se preguntara, qué vale más: tener genio, ó tener educación.

Claro que el genio es cosa más exquisita y rara que la educación (aunque tampoco esta abunda mucho, no vayan ustedes á creer); pero el *genio*, como todo, necesita estar bien educado.

Figúrense ustedes un genio mal criado en visita. Pues nada; con tal de ser genio se le antoja hacer escavaciones en las narices como quien busca botones ó hierro viejo en las ruinas de Pompeya, ó si esto de las narices les parece á ustedes demasiado feo, figúrense ustedes que el genio levanta un pie mal calzado y se lo planta á ustedes debajo de los ojos sobre el sofá. ¿Qué hacen ustedes? Claro, aunque sea más genio que Platón y el niño Shaw juntos, lo que hacen ustedes es decirle:—¡Hombre, geniazo, apéese usted! . . .

Pues lo mismo sucede con la gramática. La gramática (y bien sabe Dios que no me gusta hacer frases), pero lo cierto es que la gramática es la buena crianza de la literatura. Debía ser cosa corriente que supieran todos, pero, amigo, no lo es: va siendo la gramática también cosa muy rara y con la esca-

sez, es natural, aumenta su valor. Pura economía. En cambio los genios van abundando que es un gusto. Desde que el Ateneo de Madrid se ha ido á la calle del Prado han salido de allí tres ó cuatro genios. . . todos sin gramática, por supuesto. De modo que dentro de poco tendrá razón *El Siglo Futuro*, valdrá más saber gramática que tener genio.

Los poetas aristócratas de *Venancio González*, no tienen genio, ni aun del barato, ni saben gramática. Y *Venancio González* sabe mucha gramática y tiene mucho ingenio; y el ingenio es más castizo que el genio y más seguro. Es moneda que se falsifica menos.

Venancio González podría ser, si tomara en serio el oficio, uno de los críticos más notables de España. Burla burlando y todo, ha demostrado en sus *Ripios Aristocráticos* y en una larga y famosa campaña periodística, grandes originales y serios estudios del idioma (este sí que tiene genio), conocimientos variados de literatura, un buen gusto verdaderamente excepcional entre nosotros, pues el buen gusto es lo que menos se suele ver por estos críticos de Dios; y además de todo esto, y sobre todo esto, *Venancio González* ha probado que sabe escribir con gracia, con soltura; que es un escritor satírico tal como le piden nuestra lengua y nuestra raza. Es muy español en sus chistes y en sus picardigüelas lícitas de autor maleante, y con decir que es muy español queda dicho que es muy poco académico.

El Sr. Cañete ha tomado muy á mal que *Venancio González* se haya burlado de los versos del conde (1) D. Leopoldo Augusto de Cueto; pero, ¡qué Cuetos ni vericuetos! *Venancio*, en cuanto ve un ripio

[1] Es marqués, nuevo, eso sí, muy nuevo; pero marqués y no conde. Se conoce que el ilustre escritor asturiano, no pone cuidado en estos perfiles.

blasonado, le coge y le mete en su colección, y está en su derecho.

—¡Pero, hombre, que también se mete con el duque de Rivas!

—¡Pues yo lo creo! Y hace perfectamente. Eso de que por ser hijo ó sobrino, no recuerdo, del ilustre poeta que escribió el *Don Álvaro*, y como quien dice, “esto de ser poeta me quedó en el vínculo,” se ponga á escribir cursilerías en papel satinado, sin ver que nobleza obliga y que la fortuna de ser hijo de tal padre le obliga á él á no escribir en verso ni por casualidad. . . .

Decía Catón (*Don Marco Porcio*), que cada cual debe procurar aumentar la hacienda que heredó, y dejarla á sus hijos, no sólo completa, sino mejorada; y este Sr. Duque de Rivas, que recibió del otro tan pingües rentas poéticas, ¿qué ha hecho de ellas? Desbaratarlas. Sus descendientes dirán con orgullo algún día: “El Duque de Rivas el poeta fué nuestro abuelo,” y les contestará la envidia: “Sí, el bueno. . . y el malo, con que váyase lo uno por lo otro.” Y como dijo Rubí en una comedia muy mala, como casi todas las suyas:

. . . . si hubo un Guzmán el bueno
También los hay de Alfarache.

Venancio González tiene siete mil veces razón para poner en ridículo los versos malos de la nobleza más ó menos apergaminada, como tendrá razón mañana también para poner en solfa los versos de los académicos y los de la plebe que escriba disparates. ¿Que mucha gente pone el grito en el cielo al ver el desenfado de mi amigo? Mejor. Eso es lo que hace falta, que les duela.

En España la crítica siempre anduvo mal. Salvas honrosas excepciones, siempre alabó al poderoso, ó

al rico, ó al que daba *thes* más ó menos danzantes. Hasta hubo críticos que se vendieron por una media bota de Jerez (verdad que era de González Vigas.) Pues ahora la dichosa crítica anda peor. Sigue habiendo excepciones honrosas, pero, ¡son tan pocas! Una de ellas es *Venancio González*, y hay que aplaudirle, y aplaudirle de todo corazón, y animarle para que siga así.

Y más, yo le suplico que, con pseudónimo ó sin él, se dedique á descubrir fealdades literarias sin miramientos, que no le faltará quien le defienda, aunque él no lo necesita. Hay más que ripios en nuestras letras, hay caquexia, hay necedad inveterada, hay hipocresía, hay famas usurpadas, hay conspiraciones contra autores insignes y escritores humildes, pero francos. Contra todo esto hay que levantarse en cruzada generosa, ó si no quieren ustedes que sea cruzada. . . . En fin, que hacen falta en el Parnaso los *del Orden*.

Concluyo, no porque los *Ripios Aristocráticos* no merezcan un estudio largo y hasta minucioso, sino porque este artículo debe ser corto por exigencias materiales del ajuste.

En resumen, *Venancio González* no es un gacettillero desfachatado, como ha venido á decir Cañete; es un escritor correcto, fácil, gracioso y franco, que tiene dentro de sí un hombre noble, valiente, de buena fe, y un crítico de gusto delicado. Detesta el estilo cursi, soso y pseudoclásico de muchos académicos y deja correr la pluma con libertad, saliéndose de la calle de Valverde, pero no de la gramática y la retórica.

Y *Ripios Aristocráticos* es un libro excelente, de una crítica salada, sana y profunda á su modo, no en las palabras, sino en la idea del autor; un libro que hace reír á carcajadas como los de Pereda. ¡En-

vidiable privilegio de poquísimos escritores contemporáneos!

¡Ah! se me olvidaba. *Venancio González* es carlista y yo republicano.

Y, sin embargo, uña y carne en esta materia.

—¡*Unémonos, unémonos!*...—como decía un correligionario mío que hablaba mal, pero ni era marqués ni publicaba versos.

CLARÍN."

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

I

Por eso no me gusta que los duques y los marqueses hagan versos; porque los suelen hacer muy malos. No crean ustedes que es por otra cosa.

Y cuidado que no voy á hablar del duque de Rivas de ahora, que, sin dejar de ser por derecho propio senador canovista, hace tan malos versos, que también es académico por derecho propio.

Ni menos voy á hablar del señor marqués de la Pezuela, que así se llama, ó se ha llamado también el conde de Cheste, el cual podrá ser muy mediano general, pero desde luego es muy mal poeta.

No. Voy á hablar de otro duque, hasta ahora desconocido en la república de las letras, de las bellas letras, cuando menos, á pesar de su titular hermosura, porque se trata de un duque titularmente muy hermoso, que acaba de pretender la plaza de académico por conducto de *La Correspondencia*.

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.—P. 2.